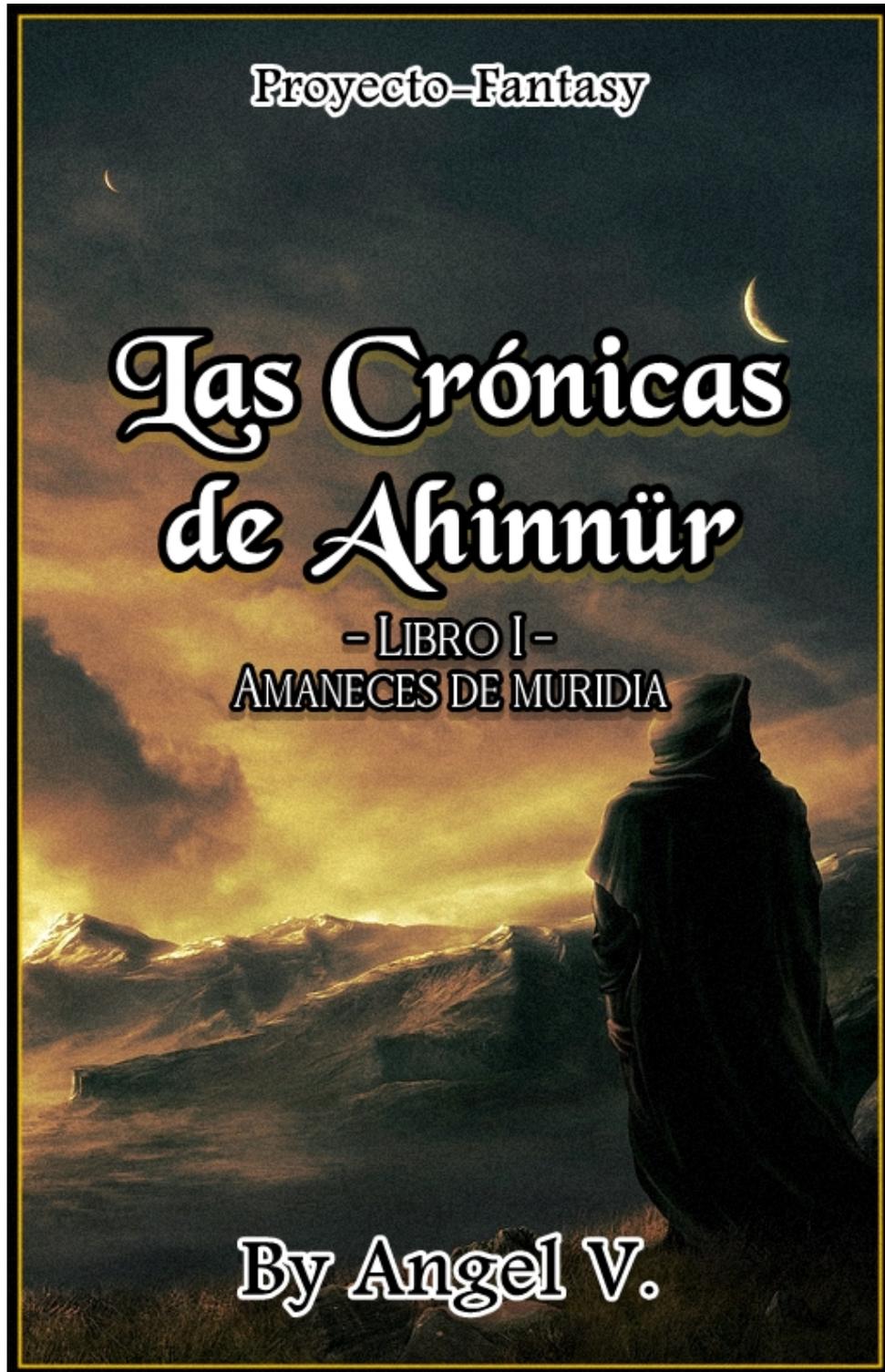
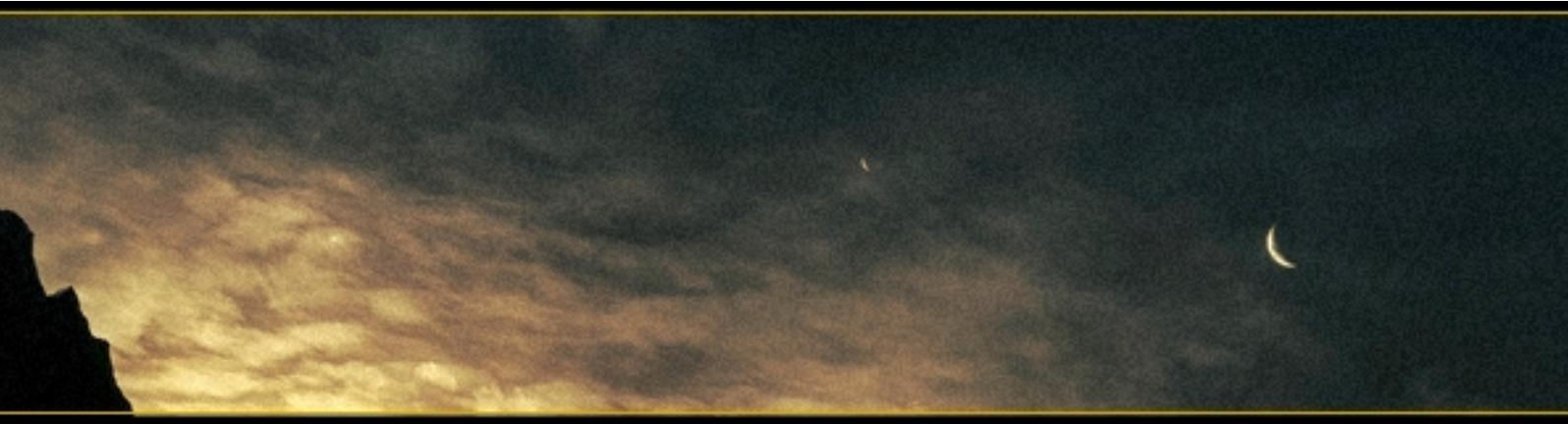


Las crónicas de Ahinnür -Libro I-

Angel Valbuena



Capítulo 1



Preámbulo

«Se han dicho, relatado, cantado y escrito muchas historias. Historias que perduran, civilización tras civilización, siendo modificadas, una y otra y otra vez, con el pasar de las generaciones, amoldándolas a las nuevas creencias, a los nuevos ritos, a los nuevos conocimientos, a las nuevas gentes.

Se han dicho tantas cosas desde el inicio de la vida, desde el inicio de todos los tiempos plausibles, que muchas de ellas se han perdido sumidas en su propio desgaste, en su propia resistencia a la perdurabilidad. Porque no todas pueden perdurar. No todas deben perdurar.

Hasta en la oscuridad nacen, crecen y se manifiestan historias, no tan distintas, pero si más siniestras.

Son aquellas que, surgidas de ecos olvidados, se regurgitan en el olvido mismo para emerger de las sombras y sembrarse, con infamia, en los oídos de las mentes despreocupadas, en los corazones de las gentes insensibles y en la boca de quienes son dueños de un alma corrupta.

Así, pues, los pergaminos que te presento, joven aventurero, representan apenas fragmentos de una historia tan vasta como el cosmos en sí. Fragmentos rescatados de las garras del vacío que nos sirven para reforjar un conocimiento ya perdido, y una historia que, con urgencia, necesitamos volver a conocer.»

Capítulo 2

Pergaminos de Zhäl'A

-Voces del pasado-

*"Los vientos traen, siempre, noticias
de pasados imperecederos"*

Bhôffur, el demente.



Lo que contaban los ancianos

El país de los hombres

y los Círculos Terrestres

En aquellos otros tiempos, cuando las tierras y los hombres parecían no distanciarse demasiado, las verdades eran las que prevalecían. Estas estaban siempre por encima de cualquier entidad mal intencionada que intentara, alguna vez, imponerse o controlar las voluntades de la vida.

Cada hombre, cada mujer y cada niño que caminara descalzo sobre esta tierra no sería nunca regido por los intereses inescrupulosos de ninguna clase, ser o individuo. Así se había pactado desde hace muchas pero muchas historias atrás.

Muchos dicen que aquello ocurrió en el inicio de todos los inicios. Entonces, el tiempo se habría dedicado a la tan ardua tarea de sembrarle a los hombres razonamiento en el corazón, corazón a sus ideales e ideas a su tan impulsiva naturaleza.

Y la naturaleza, en su propia esencia, se dedicó en proteger cada vestigio de vida que había desde un horizonte a otro, sin distinguir criatura alguna

por encima de ninguna otra.

Para las señoras de los Círculos Terrestres, toda vida era importante resguardarla y quererla. Así fue como se les instó a los hombres respetarla y quererla, tal y como respetaban a sus pares, tal y como querían a sus mujeres y a sus niños. Entonces el hombre, dedicado y servil, pactó con las señoras de los Círculos Terrestres.

Nueve fueron las familias elegidas, una por cada avatar de la tierra. Nueve fueron las castas que, una a una, emprendieron viaje hacia regiones que iban más allá del horizonte que conocían.

Vislumbrarían entonces la verdadera grandeza que los Primordiales Antiguos les habían heredado y aprenderían que el mundo no era solo aquella limitada visión periférica que tenían desde hacía demasiadas generaciones.

Con el pasar de los años, las castas fueron enmarcando la tierra dividiéndola parsimónicamente en nueve diferentes regiones.

Estas regiones, generación tras generación, irían tejiendo sus propios logros e increíbles hazañas en el manto de la historia, hasta llegado el día en que, de manera unánime, tras llevarse a cabo el más antiguo de todos los concilios, se proclamaron a sí mismas como naciones independientes.

Abanderados con el símbolo y nombre de cada casta, cada país se dio a la tarea de establecer puntos comunes y concretos con el que mantendrían todavía una vía de libre tránsito con sus hermanos. Sobre todo, no cortar las líneas del comercio que llevaba emergiendo de pocas generaciones atrás.

Así la hermandad se mostraba, no dividida ni seccionada, sinó todavía fraternal y unida, rememorando siempre las canciones que, en antaño, se cantaban para nunca olvidar el Día del Pacto.

En aquellos días, las señoras de los Círculos Terrestres y las cabezas de los clanes se vieron por una última vez antes de sellar un definitivo pacto ritual en el que se les bendecirían como verdaderos hijos de aquellas tierras.

Y la bendición pasaría, de generación en generación, a través del emblema y el nombre con el que habrían de llamar a los recién nacidos países. Fue entonces cuando se enmarcaron los territorios pertenecientes a cada una de los antiguos clanes.

Empezando por los clanes de la casta de los Murios, quienes permanecieron en las mismas tierras donde la eternidad sembró a los hombres por vez primera. Ubicados en el centro del meridiano, nombraron

a su país Muridia, la tierra del eterno sol.

En el punto más septentrional, donde la vida es gélida y siempre blanca, se asentaron los clanes de la casta de los L'laos. Aquellos fríos y montañosos parajes serían conocidos desde entonces como L'lamellion, la de los inviernos eternos.

Al borde de sus montañas, en tierras más coloridas, más verdes y densamente boscosas, se asentarían los clanes de la casta Lhomôh, cuyo paraíso de verdes hojas sería conocido para siempre como Lhömennas.

Al sur de este paraíso se asentarían los clanes de la casta de Bâstaros. Amos y señores de praderas hermosas y costas resplandecientes, llamarían a su país Bastrânhys.

Al otro lado de aquellas costas, los clanes hermanos de las castas de los Mhëri y los Juppö se acentarían en las enormes islas que adornaban aquel brioso y danzante horizonte marino. Estas islas, independientes entre sí, serían llamadas Mhêrea y Juppênnia.

En el extremo oriental, más allá de las tierras de Muridia, los clanes de la casta de los Bhosâ encontrarían su anhelado hogar. Aquel país llevaría honrosamente el nombre de Bhös'târan.

En el hemisferio ustral encontraron razón de ser los clanes de las castas de los Mhirû y los Khârass. Los primeros se extendieron por los amplios valles y praderas de lo que llamaron Mhir'tränis. Los segundos, más al sur, se asentaron en las costas, en una tierra dividida ubicada frente a los enormes islotes que, más tarde, llamarían Arhegôs. Su país fue bautizado con el nombre de Khar'Ôhm.

Por si te lo preguntabas, todo lo que los ojos alcanzan a ver, desde la tierra bajo nuestros pies descalzos hasta más allá del horizonte, desde los extensos cielos claros y las siempre vivas profundidades marinas, ha llevado consigo un nombre que, muy a pesar de las vidas, sigue tan vigente como los antiguos concilios con las señoras de los Círculos Terrestres: Ahîn'Nôstrebha.

□

El entendimiento, las artes

y los Círculos Acuáticos

Las señoras de los Círculos Terrestres no eran las únicas entidades místicas terrenales con las que cohabitaban los hombres.

Había otras entidades, igual de poderosas y sabias, que también les ofrecieron sus conocimientos a los hombres con la esperanza de verlos convertirse en una versión superior de los que eran en aquel entonces.

A diferencia de las señoras de los Círculos Terrestres, quienes eran nueve, los avatares de los Círculos Acuáticos apenas eran cuatro y sus conocimientos eran, en gran medida, muy distintos y mucho más místicos. Los hombres lo pudieron controlar su naturaleza curiosa.

Los avatares de los Círculos Acuáticos trajeron consigo las primeras lecciones arcanas de las que se puedan tener memoria.

El entendimiento de las corrientes de magia se convertiría en el siguiente paso, en el siguiente eslabón a forjar para la madurez de los hombres como raza, como pensadores, como futuros eruditos de las artes y otros afluentes del ciclo mágico.

Los avatares de los Círculos Acuáticos pasarían siglos deambulando las parcelas de tierra que condecoraban el hermoso paraíso que era, en aquellos tiempos tan antiguos, nuestra amada Ahîn'Nôstrebah. Les tomaría siglos, no porque el hombre no fuese capaz de aprender, sino porque no cualquiera poseía las cualidades de la magia de nacimiento.

Era un don tan extraño, tan exquisito y específico que, todavía, el hombre no habría de percatarse de él, no sin la ayuda de los avatares de los Círculos Acuáticos y sus tan profundas disertaciones, sus tan impresionantes muestras y sus tan variadas afinidades en las artes del conocimiento. Porque la magia no era su único saber.

Las artes mágicas, al igual que los pueblos, yacían divididas en nueve ramas. Estas ramas encontraron mayor o menor uso dentro de cada uno de los territorios en los que las castas se habían asentado, generando así una gran variedad y versatilidad por parte de los usuarios de las escencias arcanas.

Según los pergaminos rescatados de antiguos templos, hoy inexistentes, el conocimiento dado por los avatares partía de las cuatro escencias elementales primordiales: aire, agua, tierra y fuego.

De la mano de estas escencias había cinco variaciones que partían de imbuírle nuevas características a uno o más elementos primordiales. De modo que, al simplificarlo, los avatares de los Círculos Acuáticos instruyeron al hombre en el uso de la magia arcano-elemental, no solo desde lo práctico, sino desde lo pedagógico.

El hombre se encargaría de encontrar, reclutar y educar a las siguientes

generaciones mágicas y así sería hasta el fin de los días.

Así, con el pasar de las generaciones, la magia, su estudio y entendimiento iría madurando a la par de los hombres hasta volverse casi tan necesaria como el aire mismo que da la vida.

Grandes leyendas serían conocidas tiempo después por sus grandiosas hazañas en las artes de la magia, una magia muy distinta a la de antaño.

□

El martillo, el mineral

y el Círculo Magmático

Si algo de la naturaleza de los hombres no podía ser reprimido ni contenido, eso era su pasión por la batalla. Pero eran una raza recién nacida y apenas empezaban a conocer su propio mundo.

Cuando todavía eran una sola casa, vivían a cielo abierto. Carecían por completo del concepto de vivienda, cuartel, fortaleza o castillo. No tenían armas. Eran vírgenes de sabiduría, de conocimiento.

Las reglas habían empezado a cambiar ni bien los Círculos Terrestres hicieron su parte, la primera parte. Los Círculos Acuáticos también cumplieron su misión, pero, justo antes de aquellos encuentros, el avatar del Círculo Magmático fue el primero en brindarle sus saberes al hombre.

Sus enseñanzas partieron desde el conocer y reconocer minerales terrestres, hasta la fabricación de herramientas y demás utensilios a partir de ellos.

Así el hombre sabría cómo emplear sus cualidades físicas de una manera productiva para sí mismo y expandiendo sus prácticas a algo más allá de la siembra.

Aprenderían el arte de la forja a un paso acelerado. Eso les permitió la pronta fabricación de las primeras armas arrojadas, perfectas para la caza, la nueva actividad nacida de aquel conocimiento.

El fuego ya no era solo luz y calor. El fuego se convirtió en símbolo de crecimiento y bravura. El avatar de Círculo Magmático se los hizo saber a su manera.

Así fue como, poco a poco, el hombre recurrió al fuego para consumir su hambre, para enaltecer su coraje y para dar vida a sus armas. Y de las armas vinieron luego las casas. Porque las herramientas también

ocuparon su lugar en aquellos días.

El hombre ya no sería de hierbas, hojas y palos. Ya no. El hombre conocía el bronce, el hierro, la roca. Estos ahora sería su hogar también. Estos serían los nuevos cimientos de las sociedades que, con el devenir de las generaciones, relucirían por todas las eras futuras.

Tomaría el martillo su lugar en el principio del principio. Llevaría al hombre hasta la cúspide de sus ideas y lo ayudaría a materializar aquello que, en un principio, fueron solo fantasías de grandeza.

Sembrarían refugios, palacios y fortalezas por diferentes puntos de su presente mientras terminaban por reconciliarse con sus propias capacidades, aquellas que desconocían de sí mismos.

El Avatar del Círculo Magmático habría sido la chispa previa, el fuego inicial, la primera antorcha en medio de la oscuridad.

Y es que los místicos se habrían enmorado de los mortales de tal manera que, en su amor, los creyeron capaces de todo bien, de toda creación, así como fueron ellos creados por otros seres tiempos todavía más antiguos. Solo el tiempo les daría la respuesta de si aquello daría el fruto en el que tanto creyeron.

□

La música, la fe

y los Círculos Etéreos

Ocultos a simple vista, siempre rondando al hombre, siempre vigilantes, esos eran los silenciosos habitantes de la brisa.

Los merodeadores de los Círculos Etéreos se harían notar mucho tiempo después de que sus hermanos elementales cumplieren con sus labores de instrucción.

Cuando el hombre ya había aprendido de la magia, cuando ya tenía sabía de herramientas, cuando gozaba de otros conocimientos, cuando ya había de conocer el sentido de la libertad y las naciones eran aun jóvenes, fue el momento en que ellos precisaron tenderle la mano a la más joven de todas las criaturas del mundo.

Los merodeadores de los Círculos Etéreos eran los más antiguos entes en la natura. De ellos y sus cantos, el hombre conoció y aprendió el origen de su origen, el propósito de su propósito, la meta de su meta.

Porque no habían sido sembrados en el verde pasto por accidente. Porque no habían llevado sus pasos más allá de su inicio por cuestión de suerte, azar o fortuna. El Polvo hacía su trabajo, así como los Superiores Eternos habían hecho el suyo alguna vez.

Porque cada hombre, mujer, niño y bestia sobre esta y todas las tierras que pudiesen o no ser alcanzadas por nuestra vista, yacía regidas por la voluntad incorruptible del Polvo.

Porque de ahí se devenían el aire, las aguas y el fuego. Porque ahí maquinaba el tiempo, entre fracturas y enlazamientos, sus propios pronósticos para un mañana posible y otro inalterable, para un mañana tal vez brillante, tal vez lluvioso, tal vez letal, porque jamás se podría saber lo que la voluntad del Polvo tomaría por preciso o necesario.

Así el hombre, en sus tierras respectivas, habrían sido visitados por tres merodeadores de los Círculos Etéreos por país.

Y ellos cederían la música como arte, como expresión del alma, como ritual de liberación espiritual. Sus creencias, por muy distintas que fueran las castas, girarían en torno a un mismo núcleo, a un mismo nacimiento.

Y madurarían con el pasar de cada historia, con el vivir de cada pueblo. Y las historias de las historias viajarían entre canciones, de generación en generación, de boca a boca, de mayores a los más niños.

La música sería la mayor muestra de su propia religión. Y su religión serían la mayor de las excusas para intentar distanciarse, a medida que maduraban las naciones, de aquellos que alguna vez llamaron hermanos.

Así empezaría a cantarse historias distintas.

Y el norte le cantarían al norte, así como el sur le cantarían al sur. Oriente le cantarían al fuego y las montañas, y occidente le silvaría a los bosques y a la espuma del mar.

Muridia, situada casi en el centro, sería la única que no olvidaría las más antiguas de las canciones. Porque aquel sol sería, por siempre y para siempre, la razón de su todo y de su nada. Desde la más abundante de las riquezas hasta y la más terrible de las enfermedades...



Capítulo 3



Viejos relatos del norte

La fría marca de la montaña

y el último señor del norte

Muchas son las palabras, nombres y rumores que condecoran las blancas y heladas planicies de L'amelliön como el paraíso personal de la muerte.

Demasiado siniestra ha sido y será, por siempre, la historia que circunda los vastos páramos que condecoran las tierras del norte. Historia que se revela ante nosotros, a través de rumores clandestinos que se filtran y escabullen entre los desolados bosques de aquel desierto pálido.

Criaturas, todavía, desconocidas, rondan en silencio, ocultas a simple vista, a la espera de pobres incautos que se atrevan a deambular tan peligrosos parajes, sobre todo, durante la noche, bajo el clamor de una luna siempre oscura.

Aullidos y lamentos hacen viajes en medio de la oscuridad, ni bien la noche arropa las faldas de la montaña. Cuando alzas la mirada, el oscuro ojo de L'amelliön pareciera yacer fijo sobre ti, expectante, como anunciando una muerte desalentadora, fría y cruel.

Porque así es el norte, así es L'amelliön: desalentadora, desalmada, fría y cruel.

Según se teme, según se cuenta, según se ha inculcado generación a generación, las tierras del norte solo son para los hombres del norte. Y si es que, en verdad, queda alguno.

Demasiadas épocas han muerto y otras, muy distintas, han surgido. Con ellas, la existencia de los hombres del norte se ha convertido, casi, en

mito.

Existieron, por largo tiempo, leyendas que hablaban de aquellos hombres, caballeros del frío, que merodeaban y protegían santuarios ocultos en la nieve. Muchos, todavía, consideran aquellas historias como fantasías crédulas de una época que, para muchos, no existió jamás.

Porque se piensa, con temor, que los abismos surcaron las nieves como se surcan las aguas del mar. Se piensa, desde hace muchas épocas, que el norte se volvió un bastión impenetrable para el ejército de las sombras. Y quizá, solo quizá, muchos de esos temores, muchas de esas palabras, tienen un tinte de verdad, una verdad que no podemos verificar.

Es un hecho: el norte es un paraíso. El norte es una pálida dama que viste, siempre, de blanco, que te mira a los ojos con su único ojo bueno mientras te toma del cuello y, con cruel frialdad, te invita a rogar misericordia antes de dejarte caer víctima de una muerte indescriptible.

Se dice, y se considera un hecho inescrutable, que se ha visto a la muerte en persona deambular los parajes de aquel triste paraíso. El rumor tiene versiones innumerables porque, de hecho, nadie ha visto tal cosa en verdad: la muerte primero se los llevaría consigo antes de verse descubierta o perseguida en sus propios aposentos.

La única muerte que se conoce mortal lleva el nombre de un L'laos. Porque los hombres del norte, aquellos mafiosos rufianes, eran lo suficientemente astutos y sanguinarios como para confrontar el pálido fin y situar una casa en sus narices.

Mhāl'h L'laos fue aquel al que llamaron, en su tiempo, "La muerte". Un hombre rústico, fornido, de presencia titánica. Nunca se apartó de su hacha o de su casco. Lució siempre una muy larga capa blanca, meticulosamente elaborada a base de piel de lobos pálidos, matados con sus propias manos.

Mucho misticismo gira en torno a la figura del último L'laos de sangre pura. Muchas verdades quedaron reveladas ante el temible ojo de L'amelliön durante las Cruzadas Invictas que lideró a lo largo de la época más oscura vivida por la raza de los hombres.

El monte L'amelliön, así como el país entero, lo vio alzarse más allá de su título en busca de mantener a raya los misterios que susurra el viento cuando la oscuridad aparece. Porque el norte, para Mhā'l, representó siempre un castigo impuesto a su casa, a su casta y a toda su gente.

□

Gritos, lamentos y otros

horrores bajo tierra

Poco se sabe de la vida que merodea por la nieve. Pero los peligros que deambulan silenciosamente tras las rocas o bajo tierra son, en extremo, terribles, temibles.

Muchos fueron los que, en lejanos días, se confiaron de la luz que irradiaba el sol durante los cortos veranos del norte, dándole una vida casi mágica a los distintos tonos verdes que decoran la superficie.

El Monte L'lamelliön, desde lejos, parece siempre dormido, pero es una criatura difícil de comprender, difícil de engañar. Nadie ha sido capaz de decir, jamás, que aquella titánica masa de roca es solo roca. Los pocos que se han atrevido a suscitarle enojos a la Montaña Observadora han padecido la muerte más cruel.

Debajo de nuestras narices, más allá de la fría nieve, más allá de la húmeda tierra, atravesando la gruesa roca que mantiene estable el mundo entero, habitan criaturas sin nombre, tan brutales como sanguinarias.

Nacidas en la oscuridad, con formas todavía desconocidas, aquellas bestias sin nombre van y vienen a lo largo de canales interminables que conectan tierras lejanas, de punta a punta, llevando el terror y la muerte a rincones inhóspitos, fuera del alcance del existir.

Susurros y extrañas risas suelen esparcirse en medio de la penumbra cuando exploradores descuidados optan por tomar las rocas como refugio. Para muchos, aquello solo se trató de una pesadilla momentánea. Para otros, pobres diablos, la suerte no fue la misma.

Es demasiado poco lo que se sabe, pero de la boca de los viajeros y exploradores de buena fortuna es que sabemos lo que sabemos, y sus palabras no pueden ser tomadas como una ilusión o fantasía.

El terror existe. La calamidad existe. La muerte existe y deambula los fríos parajes del norte, sea sobre la nieve, sea bajo tierra, sea a plena luz del día, sea en la densa oscuridad de la noche.

Lo que se sabe, en realidad, es tan solo una advertencia. Una más anexada a un sinfín de gritos y lamentos que condecoran las cuevas de L'lamelliön como 'las fauces del olvido'. Porque nadie recuerda nunca nada de lo visto, si es que vieron algo, pero no olvidan nunca el eco de las lamentaciones que burbujan en el fondo de la oscuridad.

Y la risa, una risa enérgica, risa de mujer, que acompaña el vals de los horrores, todavía, sin nombre, sin rostro, sin forma. Lo único que le

prefigura es una palabra, una noción, un sentimiento: tortura.

□

Verde sobre blanco:

bosques en la nieve eterna

Que los ojos no los engañen si el verdor que adorna los blancos parajes de L'lamelliön les parece hermoso. La hermosa creación que surge de la tierra arrojada por el frío le da un toque de paz al realismo fatídico que representa, en verdad, aquel temible norte.

Pero no solo la oscuridad trae consigo muerte. Sobre todo, en las frías tierras de L'lamelliön, donde nada es lo que parece. Y si el verde circunda los parajes, joven viajero, te aseguro que su hermosura es, entre otras cosas, una señal más de peligro.

En el norte abunda la belleza tanto como esta abunda a lo largo y ancho de Ahîn'Nôstrebha, porque todo cuanto ha sido creado por el Magnánimo Ilustre Señor de la Vida es, en realidad, hermoso. Toda la vida nacida de entre sus manos ha sido y será, por siempre, un evento de pura y límpida belleza, sobre todo el norte.

Pero el mal supo cómo tergiversar su siempre cambiante forma y su tan mal acostumbrada e impía esencia. Porque, así como logró infectar el gélido paraíso nevado, logró también teñirle la voluntad a ciertas criaturas y misterios nacidos en las profundidades de aquellos verdiblanco parajes.

En aquellos lejanos tiempos, cuando la vida de los hombres del norte se paseaba por las verdes fronteras que colindan con los bosques de Lhömennas, se solían cantar canciones que hablaban de cazadores furtivos, de flechas fantasmas y extrañas hojas de sable que solían hallarse abandonadas en la nieve.

Aquellas canciones sirvieron de respuesta para unos y sembraron retos maliciosos en otros. Muchas vidas se perdieron en vano cazando un mal que carecía de pies y cabeza, un mal que no tenía, siquiera, un rostro verdadero, más allá de las huellas que quedaban en la nieve.

Grandes batallas se libraron en el verdor vigoroso de los bosques de L'lamelliön, pero de ninguna se obtuvo nada, además de fracaso.

Muchos hombres, fuesen del norte o no, perecieron bajo el eterno escrutinio de la siempre vigilante montaña. Porque ella todo lo ve, L'lamelliön todo lo aprecia. Más todavía si lleva consigo el clamor verde de

la vida.

Verde sobre blanco, se canta desde antaño. Verde sobre blanco fue el grito que condecoró, para siempre, en la memoria de las gentes que lo padecieron, la más volátil de todas sus desventuradas incursiones...

□

El susurrar del viento

al pie de la montaña

Era la voz de la montaña misma que les daba la bienvenida luego de tan larga travesía. Era la mágica voz de aquella titánica roca la que le susurraba a los hombres que marchaban, a paso lento, a lo largo de los fríos valles y entre las verdes hojas que decoran aquel sorprendente paraíso.

El Alto Señor, Mhor'âs L'laos, jefe de la casta, padre de familia, caballero de sangre pura, encabezaba tan extenuante jornada.

Los días y las noches habían perdido el sentido para el resto de su pueblo, pero no para él. Su espíritu sobreprotector estaba dispuesto a encontrar aquel paraíso perlado del que tanto le había hablado la dama de los Círculos de la Tierra. Su razón de ser había empezado a conformarse desde entonces.

Fue el frío abrazo de la nieve la que calentó su corazón como brazas ni bien apareció ante sus ojos. Era como si hubiese despertado de un muy prolongado sueño, un letargo tremendo que mantuvo su cuerpo, su alma y su mente separados, segmentados.

Y su pueblo, en silencio, le siguió el paso a través de la nueva vida, maravillados por aquella imagen, por aquella blanquecina y fría seda que arropaba la tierra bajo sus pies. Un nuevo mundo habíase abierto ante sus ojos renovándole las esperanzas una vez más.

Mhor'âs L'laos, Magnánimo Señor de la Casa, dispuso sus palabras como quien dispone de un destino irremediable y acarició la belleza de aquella montaña que le respondía con leves brisas a medida que avanzaba con su pueblo ya cansado.

La vida volvió a ser vida y la realidad de un cielo azul se convirtió, entonces, en un lamento de nubes grises en pos de un atardecer lánguido y una noche próxima a despertar. Para Mhor'âs aquella señal fue una bienvenida dulce a la nueva morada que habitarían sus hijos, los hijos de

sus hijos y los hijos de estos.

La Casa L'laos volvería a ser grande. Volvería a ser distinguida. La Casa L'laos volvería a situarse sobre la tierra y labrarse, a lo largo y ancho de un blanco valle, al pie de la montaña, una pausa, un merecido y prolongado descanso antes de alzar, una vez más, las hachas.

El susurrar del viento al pie de la montaña fue la señal que le dio la roca misma para que, antes y después del sueño, muchos años después de su llegada, darle el nombre que por tanto tiempo había estado sembrado sobre su lengua y no había podido siquiera articular, como si algo lo evitase.

¡Somos L'laos! ¡Somos fuerza y visión! ¡Somos los hombres de la montaña! ¡Somos y seremos, para siempre, L'LAMELLIÖN!

Esas habían sido sus palabras la noche en que el nuevo estandarte de la Casa L'laos se izó, por primera vez, en la punta más alta de la Casa Madre, la casa que habitó Mhor'âs por tantos y tan largos años junto a su numerosa descendencia.

Y con su repentina muerte, tiempo después, no logró vislumbrar el ya maduro fruto conseguido luego de tan cruel y cruda travesía.

Los pies de su pueblo todavía sangraban, todavía dolían, todavía yacían destrozados por el viaje. Los pies de su pueblo todavía recordaban, con pesar, aquella fatídica jornada en busca de una vida prometida mientras, en la mente, recordaban las palabras de aquel incansable señor que los llevó, pese al sudor y la sangre, pese al hambre y la muerte, hasta la tierra prometida.

¡Salve, para siempre, oh, Mhor'âs, el incansable!

□

El divino mensajero

de los cielos bifurcados

Han sido tantas las versiones que cuentan la llegada del primero de los Superiores a las tierras del norte que, todavía, la veracidad de estas palabras queda, al igual que la existencia de los hombres del norte, a disposición de quienes quieran o no creerlas.

En aquellos otros días, en aquellos otros tiempos, los Superiores eran, tan solo, una canción casi olvidada por los días venideros. Su llegada había sido promulgada por las almas de los Círculos Etéreos el día en que se le enseñó al hombre a quiénes les debía la vida, el color, la natura y la

belleza.

No tenían un nombre claro y la Lengua Primordial ha sido desconocida, desde siempre, por los hombres. Entonces le dieron nombre a partir de su posición, esa en la que siempre creyeron de manera ciega, aunque no pudieran siquiera confirmarlo.

Tuvieron fe, eso fue todo. Tuvieron corazón y oídos suficientes para dejar entrar las palabras que los Círculos Etéreos cantaron para ellos y, así, ver acrecentado un mundo que ya era demasiado grande para ellos.

Entonces, mucho tiempo después, muchas vidas luego, cuando L'lamelliön se llamó L'lamelliön, cuando el Alto Señor, Mhor'âs L'laos, el incansable, dejó esta vida para volverse uno con El Polvo, el primer mensajero divino tomó vuelo hacia tan pálidas tierras y abrió sus enormes alas ante las puertas de la Casa Madre.

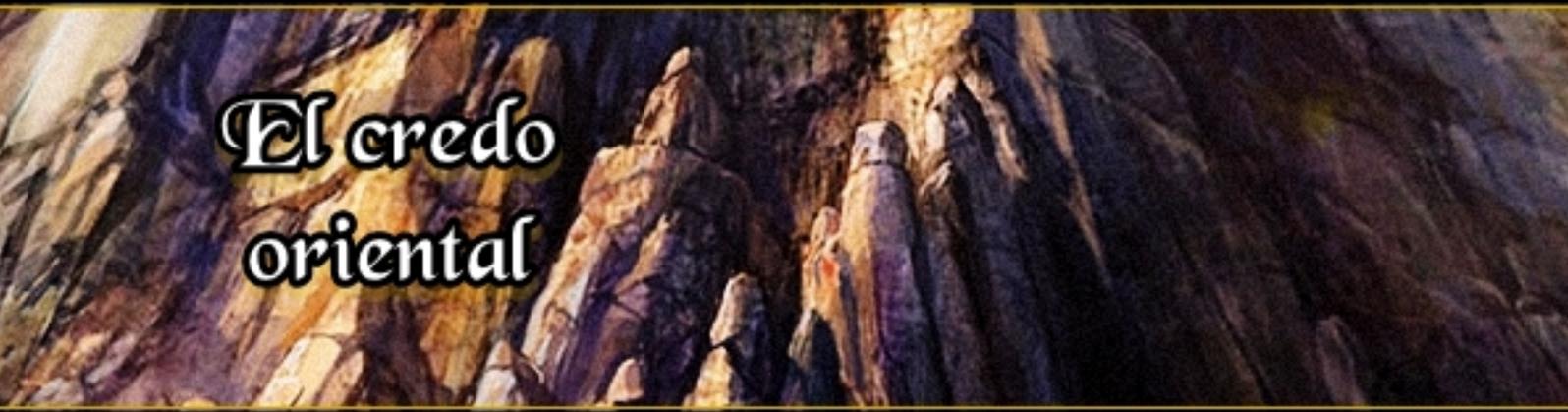
Había sido recibido con los honores más altos que la Casa L'laos podía demostrar. Pero el recién llegado, aquel tan hermoso ser, aquel tan precioso individuo, se negó a ser tratado de semejante manera.

Por aquellos días, Y'âgho L'laos, el metódico, asumía el cargo de Patriarca. Entre el joven líder y el divino mensajero de los cielos bifurcados se llevó a cabo un concilio silencioso que duró largos días y largas noches.

Cuando el pueblo volvió a ver al mensajero de los cielos, este solo era una silueta que se alejaba y se perdía tras las nubes, más allá de lo que los ojos alcanzan a ver. Y'âgho L'laos, el metódico, no volvió a ser el mismo hombre luego de todo aquel misterioso y prolongado secretismo...



Capítulo 4



El credo oriental

Entre plegarias y metales:

los hombres de piel ceniza

Muchas han sido las canciones que danzaron por los cielos, entre un soplido y otro, nacidas más allá de la frontera Muridiana, ocultas tras las oscuras colinas y las densas montañas de aquellas tan lejanas tierras del oriente.

Canciones que murieron, casi, como murieron muchas de las historias que solo la gente de piel ceniza conoció mejor que nadie. Y se trató de un olvido a la fuerza porque dejaron de cantar cuando las plegarias y el metal se volvieron su única canción.

Tiempo atrás, cuando los países eran todavía jóvenes, Thÿ'ra Bhosâ, el afligido, siendo tan joven como su nación, quiso seguir los pasos de su fallecido padre y líder de la Casta, Ghy'bâ Bhosâ, el insolente.

El martillo y la roca reposan como símbolos en el estandarte de la Casa Bhosâ, así como se volvieron herramienta y materia prima de sus actividades más representativas. Porque, así como Ghy'bâ Bhosâ, el insolente, fue maestro minero y herrero sin par, toda su casta, casa y descendencia labrarían su razón de ser a punta de calor, sudor y metal.

Guiado por las voces de los merodeadores de los Círculos Etéreos, guio sus pasos hacia un oriente lejano, pero no tan distante. Las promesas sembradas por palabras propias y las despedidas hechas, casi, a la fuerza, lo hicieron titubear demasiado durante su larga travesía hasta las rocosas tierras color ceniza, a lo alto de un oriente virgen.

Muridia, tierra madre, país hermano, yace al otro lado de su frontera, una frontera que no lograría volver siquiera a vislumbrar porque su cuerpo y

su alma no duraron demasiado tiempo juntos luego de darle nombre a su nuevo país, a su nueva vida, a su nueva razón de existir: Bhös'târan.

Thÿ'ra Bhosâ, el afligido, cumpliría su papel de primogénito en tomar el puesto de su padre y, con esto, continuar con una misión dictaminada, tantos años antes, por el fallecido patriarca.

Y se cantaron canciones, por largos años. Canciones que hablaban del fatídico viaje, de la muerte y enfermedad que los asedió sin tregua y de las traiciones de una natura tan hermosa como salvaje y despiadada.

Y de a poco las canciones fueron desapareciendo cuando, venido desde un cielo de tintes mágicos, un mensajero alado se abrió paso por los aires y se presentó ante el pueblo Bhostarâno con un silencio pétreo y un rostro oculto tras un casco sin vicerá.

Así fue como las canciones del principio, luego de la llegada del mítico mensajero, se volvieron uno con el olvido.

Y les cantaron solo plegarias y alabanzas a los dioses, a los Superiores y al Polvo mismo mientras, con fuego y martillo, labraron mineral y del mineral crearon las más impresionantes armas, vistas y admiradas por toda Ahîn'Nôstrebha.

La labor de Thÿ'ra Bhosâ, el afligido, nunca fue lo que pareció ser en un principio. Los hombres de piel ceniza y toda su descendencia reposan, todavía, allá lejos, más allá de las brumas que decoran los límites de Muridia oriental.

Si sabes mirar, apreciarás el color cenizo de unas montañas que decoran un horizonte sin precedentes, un horizonte Bhostarâno.

□

El Oráculo Decadente

y el castigo anticipado

En lo profundo de las montañas colindantes, más allá de los susurros leves de una brisa que corea voces a lo lejos, oculta entre las rojizas piedras que dan cuerpo a una cadena pétreo de edificaciones labradas en la montaña misma, hallarás respuestas inmediatas solo si eres capaz de preguntar con claridad.

No temas cuanto veas ahí dentro, forastero, que todo cuanto tus ojos perciban, o mediten, tras la bruma oscura de aquellos aposentos sagrados se borrará por completo de tu mente ni bien vuelvas a dar un paso fuera

de la roca... solo si consigues hacerlo.

Todo cuanto vislumbren tus ojos tras esas montañas, hombre de poca fe, es una prueba. Una prueba labrada por manos distintas a las nuestras, por mentes distintas a las nuestras, por corazones distintos a los nuestros.

Y todo cuanto se revela en aquella tierra de pálida bruma y roja ceniza tan solo será un reflejo mínimo de los pecados de cada hombre.

Porque la prueba empieza en uno mismo. La prueba inicia en el momento mismo en que, por tu mente y corazón, la verdad y la curiosidad se debaten en preguntas, de mayor o menor relevancia, en busca de un bien mayor, de un bien ajeno o simplemente propio...

O, quizá, tras la simpleza de algunos aventureros codiciosos, la búsqueda de respuestas que solo engrosen en tamaño de los bolsillos.

¡No caigas ante la tentación, forastero! ¡No te reveles antes de la hora crucial y así, solo así, tu vida pueda cumplir su ciclo, tal y como ha sido, por El Polvo programada!

¡No desistas si lo que buscas es una verdad inquietante o pagarás el precio! ¡Alto precio será, y el pecado de los seres hará de ti un alma vacía y sin remedio!

Lleva siempre tu corazón honroso envuelto entre tus manos. Protégelo de cuanto veas o sientas mientras te arropan la roca roja, el silencio y las mil visiones que tendrás expuestas en un sinfín de formas, rostros, voces, colores...

Al cruzar cuanta prueba tu corazón necesite, al superar cuanto afán y pecado se develen ante tu esencia, al dar un primer y último paso ante los ojos del Oráculo Decadente.

Ahí será cuando tu vida cesará y, por un instante, deambularás por líneas que yacen del todo perdidas, escurridas entre realidad, sueño, vida y muerte. Y es que la voz del oráculo y su mirar han palpado el vacío de maneras que no pueden siquiera ser descritas en ninguna lengua mortal.

¿Te atreverás, entonces, a confrontar tu propio mal? ¿Te atreverás a deambular por la oscuridad en medio de pecados sin remedio y voluntades conspiradoras con tal de buscar respuestas imposibles a preguntas, también, imposibles?

¿Serás capaz de superar las pruebas impuestas a tu alma, a base de Polvo, y resurgir de la roca, victorioso, con respuestas claras y verdades eternas o caerás, para siempre, en las garras de un abismo ilusorio hasta

morir en manos de un miedo infinito y una demencia bestial?

¡Eso tengo que verlo!

□

Cántico efervescente:

Luz, Polvo y Ceniza

I

«¡Oh! ¡Sagrada luz etérea, luz eterna!

¡Oh! ¡Piedra preciosa, piedra brillante!

¡Oh! ¡Vientos que clamáis, que calláis!

¡Vientos que bailáis, en vaivén, por

los días que fraguan la eternidad!

¡Oh! ¡Palabras santas, palabras divinas!

¡Palabras que devenís de un supuesto

y fugaz desdén sin nombre!

¡Palabras que nacisteis de una voz sin tono,

sin boca y sin garganta!

¡Oh! ¡Vida eterna que rondáis los parajes

del suspiro de vuestra propia esencia,

de vuestro propio significado!

¡Salve! ¡Salvei ¡Salve!

iOh, Luz! ¡Salve por siempre!

iOh, Polvo! ¡Salve para siempre!

iOh, Ceniza! ¡Salve hasta siempre!

iOh, Santísimo Y'iszû-N'Rhâ!

iMagnánimo Creador!

iOh, Supremo Dador de Esencia!

iPadre de todos los Padres!

iOh, Eternidad de la Eternidad!

iVoz pretérita, voz presente, voz futura!

iSalve Eterno Y'iszû-N'Rhâ!

iSalve, Ilustrísimo Padre Nuestro!

iOh, almas que lloráis la despedida del día!

iNo sufráis ya más por la congoja de la sombra!

iNo sufráis ya más por la decadencia o el dolor!

iOh, damas que lloráis la despedida del ayer!

iNo sufráis ya más por las almas que se han ido de vuestros brazos!

iNo Sufráis ya más por las almas que se han alejado de vuestros hogares!

iOh! ¡Vida, siempre viva!

iSiempre altiva, siempre resplandeciente!

iOh! ¡Eternidad, siempre eterna!

iSiempre flamante, siempre inalcanzable!

iSalve! ¡Salve! ¡Salve!

iOh, Luz! ¡Salve por siempre!

iOh, Polvo! ¡Salve para siempre!

iOh, Ceniza! ¡Salve hasta siempre!

iSalve Y'iszû-N'Rhâ! ¡Salve Padre nuestro!»

II

«¡Alumbradme el camino de los caminos!

iAlumbradme el pasaje que se oculta

en el abrazo de tan siniestra oscuridad!

iAlumbradme, oh, Poderosísimo Maestro,

la vista, la mente y el corazón!

iDisponed de mi mísera esencia, Altísimo Señor!

iHaced de mí el arma que tu voz dictamine!

iDisponed de mi aliento, de mi fuerza!

iDisponed de mi destreza, de mi voluntad!

iHaced de lo que soy el arma perfecta!

iDisponed, Y'iszû-N'Rhâ, de la vida

que me habéis dado y lanzadme hacia

el oscuro abismo que he de vencer

en tu nombre, hasta la eternidad!

iSed mi guía! iSed mi camino!

iSed mi herrero! iSed mi forjador!

iSed mi eterno dictamen, día con día,

mientras sostengo el filo de

los hombres entre los dedos!

iSed, hasta llegada la hora final,

la voluntad de todas mis voluntades,

la verdad de todas mis verdades!

iSed, hasta la última gota de sangre,

mi más puro y verdadero protector,

mi siempre eterna salvación!

iAlumbradme el destino de mi destino!

iAlumbradme el paisaje de los paisajes!

iAlumbradme la sombra entre las sombras!

iAlumbradme para siempre, oh, Supremo Creador,

y guiadme hasta donde debas guiarme!

iGuiadme a donde la Santa Despedida me espera!»

□

El Paso Rocoso y la

extraña Torre de Hierro

Los más ancianos rememoran, con cierta agonía, la trágica experiencia de pasearse por tierras siempre extrañas. Y aquello fue un suceso transcrito, del todo, en una piedra que no es piedra, tallado por una voz que no habla pero que ha dejado huella a lo largo de nuestro deambular por el existir.

Los más ancianos rememoran la hora de la partida, así como rememoran, también, el paisaje que separa a Bhös'târan de la tierra madre. Y lo recuerdan con el detalle de quien esculpe figuras sobre el marfil, dando cuerpo, vida y ser a una memoria llevada hasta el rincón más inhóspito del olvido.

Los ancianos recuerdan, siempre recuerdan. Pero ya nadie puede recordar nada, sea de esto o de lo otro, simplemente porque no quedan ancianos en la palestra de nuestro presente. Y es, en efecto, el presente el que nos canta con temor, porque se ha dejado ver por ojos mortales.

Allá, a lo lejos, tomando la senda del norte, partiendo a ciegas entre el calor, la roca y la brisa, dándole la espalda a la Canción Inconclusa, te toparás con el sendero que, con amargura, torturó a nuestros ancestros antes de siquiera haberle dado nombre a esta nueva vida.

El Paso Rocoso no es más que la boca del lobo. Una bestia hambrienta. Una alimaña escurridiza que permanece a la vista de todo cuando avanza por su morada, mientras espera el momento correcto para, entonces, roer

la piel, carne y huesos.

Bhös'târan perdió a los suyos en el transcurso. Bhös'târan lloró a los suyos ni bien se encaminaron más en lo profundo de aquel hocico hambriento. Bhös'târan derramó su sangre, y no en vano, para darle a la vida predestinada un camino seguro hacia la tierra prometida.

El lobo pareció no ser suficiente mal. Las noches en vela no parecieron ser suficiente castigo. Los días de hambre y sed no parecieron ser suficiente sufrimiento.

En aquellos días, Ghy'bâ Bhosâ se labró el título de El Insolente ni bien aquella extraña y enorme figura apareció ante él y su pueblo. Muy pronto, aquel nuevo mal, cobró nombre propio, así como cobró, también, muchas vidas Bhostaranas a lo largo y ancho de aquella fatídica travesía.

Mer'ûh Ohrlâh, la extraña Torre de Hierro, era como un espectro, una ilusión maldita que se desvanecía en el aire ni bien se fraguaba el calor sobre la piedra y la arena.

Mujeres y niños encabezaron, entonces, la marcha. Jóvenes herreros, fuertes y valientes, blandieron sus primeras y más finas espadas con sus ojos siempre fijos en la temible y siniestra torre. Porque el mal se agitaba en el Paso Rocoso ni bien la torre mostraba su siempre fétida fachada.

Ghy'bâ Bhosâ, el insolente, había dicho, en contadas ocasiones que aquella no era más que otra prueba más, otra imposición, otra muestra de desconfianza por parte de un Creador que, según se cree, espera perfección por parte de los hombres.

Y Mer'ûh Ohrlâh se convirtió en calamidad y profecía, al unísono. Porque, al parecer, la Torre de Hierro se mostraba en días extraños, en días de flaqueza y pecado. Y los males parecían olisquear aquellas bajezas para, luego, arrastrarlas lejos del resto con brutalidad sin igual.

Se derramó sangre a borbotones.

Se perdieron hijos, hermanos, abuelos, padres.

Se perdieron hijas, hermanas, abuelas, madres.

Se perdieron soldados, herreros y campesinos de buena fe, de buen corazón.

Se perdieron hombres y mujeres que nunca alcanzaron a escuchar con nosotros, a cantar con nosotros, el Cántico Efervescente que el gran

Ghy'bâ Bhosâ nunca lograría concluir...



Claridad efímera y

otras verdades del color

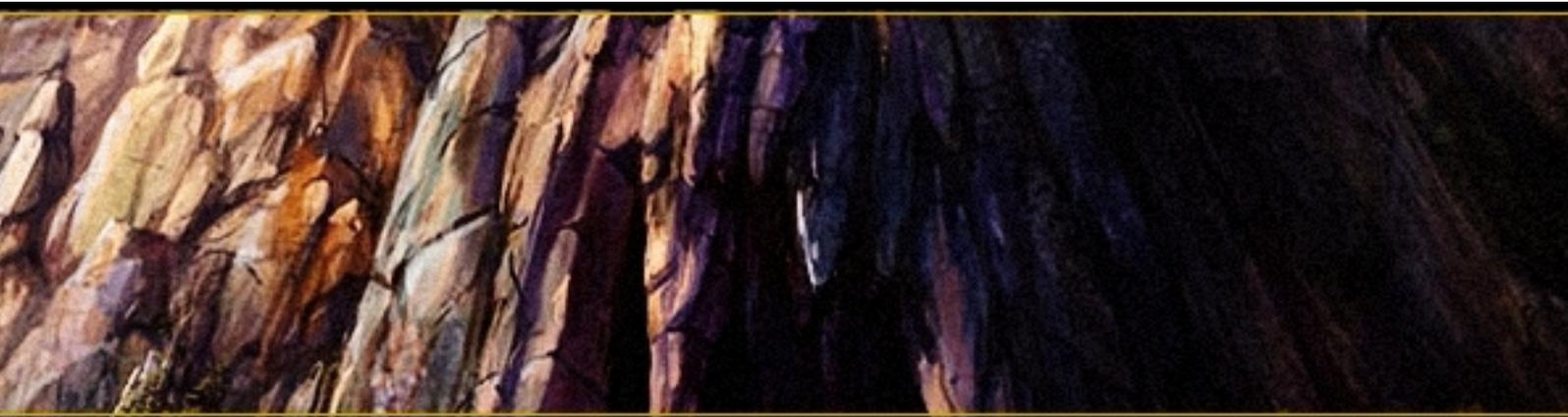
El misticismo Bhostarano tiene aristas que van y vienen, de generación en generación, tomadas de la mano por un presagio divino que carece, por completo, de palabras: simplemente se siente cuando se siente, se vive cuando se vive y se pierde tan pronto El Existir dictamine que la Santa Despedida lleva tu nombre inscrito en su lista.

El alma, el espíritu, el cuerpo y el pensamiento: todas fuerzas contrarias compaginadas por la esencia y el color que tu corazón pueda brindarles. Y el color se vuelve color a partir de la candidez de tus palabras y tus acciones, porque solo así se muestra en verdad el rostro de tu rostro.

Alma, pura y frágil, deambulará por El Existir tintando la vida con dorados resplandecientes que emergen cual sol al atardecer. Su fuerza de voluntad le siembra al espíritu un poder único e incommensurable nacido de tonos rojizos y, a veces, tonalidades purpúreas.

El cuerpo, por su parte, emana una esencia distinta nacida del calor del momento. Y bailarán los colores surgidos del miedo, la ira, la envidia y demás, pigmentados de esquirlas ennegrecidas que socavarán, sin remedio, tu corazón.

El pensamiento es tu mejor arma, entonces, para comprender un poco lo que representas. Solo con el pensamiento bañado de la siempre divina Claridad Efímera, tu corazón no padecerá de ultrajes, tu alma no se rasgará entre pecados y tu espíritu no padecerá el precio de una eterna condena más allá de las puertas de un abismo inquietante...



Capítulo 5



Verdor occidental

El destello verde de las hojas

y un claro sueño de luna

Si Muridia le canta al siempre brillante sol ¿quién le ha escrito sonetos a la plateada luna? ¿Quién ha bailado con la luna, al compás de arpas y flautas, bajo el calor de las antorchas que resplandecen entre los destellos verdes de las hojas?

Aquello ocurre, viajero, muy a lo lejos, transitando los senderos que se alejan de estas claras planicies, senderos que se adentran en el colosal verdor de unos bosques tan antiguos como el hombre mismo. Bosques, incluso, más viejos que el primero de todos los hombres.

¿No has escuchado Los Clamores Frondosos que surgen del verde sobre verde? ¿No has presenciado, forastero, las danzas que nacen al clamor de fuego y tambor, en nombre de una viuda siempre plateada? ¡Oh, hombres! ¡Oh, mujeres! ¡Oh, bestias! ¡La Luna sigue inquieta!

El destello verde de las hojas es la primera de todas las señales verdaderas, amigo mío. Y cuando deambules bajo las sombras de los árboles recuerda siempre, muchacho, que cada árbol te estará observando, paso a paso, y te escuchará, palabra a palabra, enjuiciándote desde el instante previo a tu llegada.

El viento habla. Las nubes hablan. Cada verde criatura nacida de la tierra habla, y habla una lengua que ya nadie conoce. Que sea hermoso, que sea bello, que sea una maravilla ante los ojos no le quita el poder y magnificencia otorgadas por el Magnánimo en persona: toda vida salvaje es peligrosa, eso has de comprenderlo bien.

Verde. Verde por doquier. Verde como la vida, como la animosidad emprendida por los Superiores en días lejanos. Verde y siempre verde será la felicidad grata que la natura sonriente nos regale desde las raíces mismas de la eternidad. Y serán los bosques resultado de su grandeza y de su amor.

Verdes destellos bajo el sol cuando las cálidas hojas del Mhodô arropan el medio día, así como verdes destellos en la tarde, bajo el cálido abrazo del sol, chispearan en todas direcciones, gracias a la brisa que bailotea con las siempre fuertes hojas del Mär'Asz.

Siempre cálidos y siempre vivos bosques susurran voces más antiguas que el raciocinio propio de los hombres. Porque se dice tanto de los bosques como del mismo viento que sopla. Y sopla con cándida armonía, así como se desvela, incluso, en gélido torrente.

¡Sopla viento, luna mía!

¡Sopla y sopla, viuda amada,

los destellos sombríos

de un antaño ya perdido,

de un silencio hecho suspiro,

de un adiós que nadie cantó jamás!

Y la luna brilla siempre sobre el bosque. Y el viento sopla tibio, siempre, en el bosque. Y el fuego retrocede en presencia del verde sobre verde, sea de día bajo el sol, sea de noche durante un claro sueño de luna. No hay fuego que sea capaz de calcinar hierba alguna, al menos no el fuego nacido de los hombres.

Hay otros fuegos, fuegos que no son fuego, que son solo sangre ardiente. Hay otros fuegos nacidos de una mano maldita, nacidos de un olvido, también, maldito. Y sobre el mundo ronda, todavía, ese fuego que quema, que mata, que destruye y desuela...

¡Sopla viento, luna mía!

¡Sopla y sopla, viuda amada,

las verdades ocultas

tras un antaño sacrificado,

tras un sínfin de proezas

por la sangre mortal abandonadas!

□

La llegada del primero:

paz y quietud en la tierra prometida

Los Mhëri y los Juppö fueron los primeros en deambular aquellos siempre verdes parajes. Pero no se asentaron. Sus canciones y plegarias iban en otra dirección, así como sus pasos dibujaron, apenas, una huella borrosa sobre la brillante tierra que les cobijó en su travesía.

Largo tiempo después, cuando la luna se coronaba sobre un cielo estrellado, aparecieron Ghö'ó Bâstaros y Ü'mhè Lhomô, seguidos por sus todavía jóvenes castas. Habían estado viajando juntos desde el momento en que sus destinos se consolidaron tras el clamor de los verdes.

Y desde entonces solo soñaron con aquellos verdes encantos cantados en infinitas canciones que los Círculos Etéreos les susurraban a través del viento. Las casas de Bâstaros y Lhomô se fundieron en una sola dirección, como si fuesen una sola, pero siendo siempre dos.

Y el verde sobre verde los atrapó con encantos nocturnos y vientos suaves en un frondoso bosque al pie de las montañas. Ghö'ó Bâstaros se había enamorado de aquello, pero su canción era otra, una muy distinta, una que lo encaminaría, luego, devuelta hacia el sendero, de vuelta hacia la búsqueda.

Ü'mhè Lhomô, al salir el sol, lo supo de buenas a primeras. Su profética canción, su mapa y su brújula lo habían llevado, directo, hacia un destino más que hermoso, un destino que pronto tomó nombre y bandera a partir de las siempre verdes canciones: Lhömennas, de los bosques.

Ü'mhè Lhomô y su entera descendencia no tardaron demasiado en asentarse bajo los clamores brillantes de aquellas hojas. Se codearon, con un amor y un respeto casi místico, con cada especie de árbol que, de a poco, fueron vislumbrando como maravillas de la eternidad.

Porque el verde podía ser Mhodô o podía ser Mär'Asz. Porque el verde no siempre era verde y a veces se tornaba amarillo, como los Ghe'ê, o se tintaba de rojos, como los Va'hûm. Porque a veces tenían flores y espinas, como los Fërah, o nacían en el agua, como los Szaldôn.

Porque el verde podía o no ser engañoso, como las hojas del Rhüa, podía ser medicinal, como las raíces del Trä'kisz, o fabricar toxinas, como las

hojas del Khorô. Mucho aprendieron los Lhomô del verde porque el verde se volvió su vida, su destino.

Así fue como, tras la llegada del primero, el elegido pudo alcanzar el punto más alto de su destino. Las huellas de los Mhëri y el paso de los Juppö solo aceleraron la llegada de los nuevos señores del bosque. Bosque que resplandeció día tras día, noche tras noche, y que todavía, hoy, resplandece como siempre lo ha hecho.

Más allá de los límites del verde sobre verde, un clamor de colores más variados parecía decorar, de súbito, cuanto verde, amarillo o rojo se posase sobre las hojas. Porque los árboles, ahora más robustos, de maderas claras, parecían resplandecer bajo el sol de la mañana que recibió a Ghö'ó Bâstaros más allá de los lindes de Lhömennas del bosque.

El paraíso prometido se había hecho una realidad palpable ante sus ojos. Y lloró, oh, Ghö'ó Bâstaros, sobre los purpúreos pétalos del Mnära'ó mientras caían, sobre sus pies, las lágrimas de un cielo que lloró por su llegada.

El señor de los Bâstaros había, finalmente, llegado a casa. Había, luego de días sin forma y noches de terror, alcanzado aquel maravilloso verde-prisma que tanto le suscitó deseos en el corazón. Porque, muy a diferencia del bosque de Lhömennas, aquellos otros parajes eran más que solo verde sobre verde.

Aquello fue un estallido de colores ante las miradas de la sangre de Bâstaros. La casta entera y su Señor habían sido cautivados por el resplandor prismático que suscitaba colores de todas y en todas direcciones. Aparte del verde, aparte del amarillo, aparte del rojo, ya conocidos por aquellos frondosos lindes, ahora vislumbraban púrpuras y blancos, rosas y celestes, tonalidades de un verde más dulce y rojos un tanto menos agresivos.

La llegada del primero fue, entonces, el nacimiento de una nueva era para su casta, para su sangre y descendencia. La llegada del primero significó, finalmente, paz y quietud para los corazones que, sin nación, habían encontrado la tierra prometida.

Pronto surgió el nombre y con el nombre apareció el estandarte insigne del recién fundado país. Porque si las lindes del Bosque Siempre Verde habían adoptado el nombre de Lhömennas, aquel arcoíris de cambiantes tintes se llamaría, desde ese día, Bastrânhy's, de los mil colores.

□

Sueños del mañana

y su voz, por el hijo, ya olvidada

Siempre se ha creído que las casas Bâstaros y Lhomô fueron, en principio, una misma casa. Se ha dicho, de tantas maneras posibles, todas increíbles, que la sangre que corrió por las venas de Ghö'ó Bâstaros y Ü'mhè Lhomô, la misma sangre que fluye hoy día por las venas de un bosque dividido, es la herencia de una misma madre: Sza'â Bâstaros.

Se ha dicho tanto sobre la Primera Madre, única matriarca de la que se ha tenido registro, que las palabras y los nombres que la circundan van y vienen, siempre, entre Bâstaros y Lhomô, casi sin distinción.

Y de ella se conoce un primer hijo. De ella se confirma la voz y el grito de Ghö'ó como primogénito de la sangre de Bâstaros. Pero también se le afianza el nombre de Ü'mhè, segunda sangre de Bâstaros, primogénito de Dä'Rhè Lhomô, el señor de los caballos.

Lady Sza'â, Matriarca de Bâstaros, no tenía hombre. Amada y temida por igual, le fue otorgado el nombre Corazón de Hierro; nombre que, se dice, le robó la sonrisa más hermosa jamás vista por hombre alguno. Sonrisa que, sin duda, embrujó sin querer el corazón de un hombre devastado por la muerte.

Dä'Rhè Lhomô, jinete sin igual, había perdido a su amor sin ninguna explicación. Los Círculos Acuáticos, a partir de la magia, entonaron un asfixiante silencio como respuesta. Jamás se supo el cómo o el por qué y aquello marcaría, casi de por vida, al señor de los caballos.

El acercamiento entre las casas se volvió, para algunos, en límpidos sueños del mañana y esperanzas que florecerían como florece el Idhiôn al amanecer. Y las esperanzas yacían asentadas, sobre todo, en el pecho de aquel jinete sin igual. Para la del corazón de hierro, se piensa, en todo caso, que aquello no significó más que una tontería.

Sueños del mañana, se dice. Sueños del mañana que yacen, hoy, transcritos con tinta sobre papel, aclarándonos verdades que, en cierto modo, yacen ante nuestros ojos como sueños sin respuesta. Son pasados inalcanzables, pasados desechados por una herencia atemporal, desestimados como el recuerdo de una madre y su voz, por el hijo, ya olvidada.

□

Arco y flecha de plata:

la marca de los Lhommâi

El tronar de los cascos resuena, siempre, en el lejano horizonte ni bien ves a la bandada de jinetes aproximarse o alejarse a toda marcha. Inconfundible, siempre, aquel repiqueteo, aquel repetitivo sonido, eco al final de la habitación, sin pensar en el inicio de una jornada larga o en el final de una muy difícil.

El tronar de los cascos resuena, una y otra vez, cuando prestas atención suficiente. Entonces sientes que vas sobre el caballo, que el viento y la tierra se abren paso a medida que avanzas por las praderas, por los amplios campos que se extienden bajo el eternamente brillante sol.

Aquel sonido no lo escucharás venir nunca, forastero, si deambulas las tierras que circundan el Bosque Siempre Verde. Son otra clase de jinetes. Son otra clase de caballos. Son otra clase de hombres los que surcan la tierra sobre bestias que parecieran flotar sobre la superficie.

Hermosas son, sin duda alguna, aquellas criaturas nacidas, alguna vez, en la cuna de la vida. Porque no verás, en ningún lugar, caballos como los que el Señor del verde siempre verde tiene bajo su cuidado, ocultos de la vida que hay más allá de los lindes de sus tierras.

Y no te asustes, viajero, si en el camino ves volar una flecha de plata. Tan solo es una señal, una advertencia, un único mensaje que, si eres listo, sabrás leer e interpretar para, entonces, dar marcha atrás y volver por donde llegaste. Porque, si bien, la gente del bosque es amable, no creas que sus guardianes, los Lhommâi, simplemente te abrirán las puertas de la casa.

Muchos, pedantes y creídos, han caído víctimas de su propia y testaruda manera de hacer las cosas. Entonces conocieron la verdad tras los rumores y quedaron, como ratas, arrinconados ante el arco y la flecha de plata, la marca de los Lhommâi.

□

Escondrijos a la luz:

la guardia Bhassâi

La muerte en el bosque, usualmente, viste y camina como los hombres. En todo caso, aquellos que se atreven a deambular sus parajes con mala intención, son visitados por sombras silenciosas que deambulan, día y noche, cazando a estos pobres diablos impertinentes.

¿Será que el hombre no termina de despertar? ¿Será que el intrépido, alguna vez, siendo intrépido de verdad, usará la mente y la idea –por la

luz consagrados- y respetará los deseos del polvo que ha forjado su esencia?

Si me lo preguntas a mí, compañero, te diré que el hombre solo sabe olvidar, solo sabe olvidarse. Y aquellos que se olvidan lo suficiente, son atraídos por fantasías exóticas de tesoros increíbles, ocultos más allá de los coloridos bosques de Bastrânhys. ¡Sueños de idiotas!

Las sombras convergen en el bosque, porque no son sombras en serio: es el bosque que vive, que observa, que escucha, que actúa por cuenta propia. El bosque tiene vida, tiene alma, tiene voz y razón de ser. El bosque, sea Bastarano, sea Lhômeneo, a pesar de su preciosura, es símbolo de triste y solitaria muerte.

Hace mucho que los hombres del bosque no surgen de entre sus hojas para compartir con el resto la vida que, en un principio, se les dio. Se han arrinconado entre tierra, viento y olvido, amurallados tras los fantasmas de un misticismo que nadie, al parecer, recuerda o conoce.

Hallarás escondrijos a la luz, así como hallarás verdades que, sin decir palabras, te cortarán la garganta antes de, siquiera, darle una razón de ser a tu presencia. Porque el bosque es peligroso, porque el hombre que lo habita también lo es... y si vislumbra el filo curvo de una hoja desconocida, te lo aseguro, la guardia Bhassâi te dará muerte.



Capítulo 6



Arena, sal y agua

Mágica canción de cuna

y otros cánticos color zafiro

La marea sube cuando N'ù-vha, el corazón de las profundidades, yace despierto. O al menos eso creen, desde épocas muy antiguas, los hombres que yacen enraizados, allá lejos, en las costas más occidentales.

Porque el hombre llegó al mar. Lo conoció y se maravilló con aquel zafirino azul que decoraba un horizonte serpenteante. Porque las voces que los llevaron hasta aquellas recónditas tierras flotantes les prometieron algo más allá que simple belleza.

Los encantos susurrados por los místicos Círculos Acuáticos los impregnó de una magia distinta, azulada, indescriptible. Y les bañó de hermosura la imaginación como a ningún otro hombre se lo habían hecho jamás.

Aquellas canciones y dulces melodías que decoraban un mundo repleto de océanos y mares se asentaron en los oídos de los Mhëri, y los Juppö les hicieron grata compañía.

Las voces del agua, entre imágenes, profundidad y vivo color, se colaron en el imaginario de aquellas cabezas e inundaron, cual imparable torrente, sus todavía puros corazones.

La mirada se les volvía lluvia en el rostro y algunos, inclusive, entonaban sus propios y melódicos sentires a partir de fantasías plenas llenas de una vida tan grande como las suyas propias.

De entre todos los rostros, ninguno podía ser tan contrario al otro como lo eran los Mhëri de los Juppö. Eran como dos canciones que disonaban, una sobre la otra, pero que siempre armonizaban, una junto a la otra, porque

sus diferencias los fueron acercando demasiado.

Así fue como, en un principio, la sabiduría y la fuerza los hubo distanciados: el alma Mhëri, siempre apacible y callada, era de sangre menos controversial y, de todas, era la más interesada en el saber, el conocer, el experimentar.

Sobre la piel Juppö, en cambio, se palpaba la astucia de quien lleva consigo siempre un escudo y una lanza.

Ambas, alma y piel, habitando cuerpos diferentes, representados por rostros diferentes, se enfilaron en un mismo sendero guiados por el entusiasmo de sus siempre competitivos líderes: Tûrhasz Mhëri y Grü'ohn Juppö.

Eran tiempos jóvenes, así como jóvenes eran también aquel, en extremo opuestos, par de entusiastas.

El uno, el pensador, el mago, el alquimista, obsesionado con las cualidades del agua en términos mágicos, se atrevió a darle rostro a su fantasía y dio, así, el primer paso de su larga travesía.

El otro, el escandaloso, el de casco color bronce, solo quería conquistar el océano y hacerse llamar, entonces, Señor de las aguas. Tardó solo minutos en reconocerse retrasado ante su, igualmente obstinado, compañero de fantasías.

Entonces dio un paso al frente y le prohibió marcharse sin él y toda su estirpe.

Se dice que aquello resonó en los oídos de Tûrhasz Mhëri cual mágica canción de cuna.

Se dice también que le palmeó, entonces, el hombro a Grü'ohn Juppö y le señaló el camino de un sendero imaginario, una línea invisible que, según sus deseos y otros cánticos color zafiro, los llevarían al otro lado de la vida, directamente hacia el horizonte, muy lejos hacia el oeste, más allá de las verdes lindes de un mundo que ya no le era, del todo, ajeno.

□

Ayeres de nostalgia,

mañanas de eterna felicidad

Cuando el alma Mhëri se paseó por los verdes lindes, titubeó en su búsqueda. Cuando la piel Juppö le palmeó la espalda, recordó el verdadero color de sus siempre mágicos sueños. Recordó, también, una

promesa que no dejaba de romper cuando la imprudencia de la piel le contagiaba el alma.

De aquello es que se dice, se piensa y se cree con la intensidad de una hoguera encendida, que entre los Mhëri y los Juppö no hubo, nunca, una separación del todo concreta. De ahí que se diga, y que tus ojos no te engañen, que tan solo es el carácter lo que los diferencia... pero el sueño va más allá del ojo y la verdad tiene, sobre sí misma, tintes de sueño que no podemos negar.

Si la verdad surcara las aguas, sobre galeras o sobre veleros, poco importa en verdad, difícil sería darle nombre con tan solo mirar lo que la piel, el cabello o los ojos nos dan a mostrar: el cuerpo será, siempre, cuerpo, y este puede llevar consigo el alma Mhëri o fraguarse la piel Juppö.

Aquellas eras, aquellos tiempos les parecieron, siempre, tan ajenos, tan excitantes. Y la joven alma de los Mhëri quería saberlo todo sobre todo, quería devorar cuanto cosa tuviese forma y fondo, nombre y significado.

La piel Juppö, por su cuenta, deseaba experimentar con sus manos y sentir de sobra los calores de una vida que se extendía a lo largo y ancho de posibilidades –casi– infinitas.

Dos maneras tan contrarias de situarse en un mismo camino fue la idea de aventura concebida por el propio Tûrhasz Mhëri con tal de mantenerse, siempre, al alcance de los ojos de Grü'ohn Juppö.

Entonces rememorarían, noche tras noche, la larga aventura nacida en la Tierra del Sol, sonriendo con leve agonía ante el recuerdo de aquellos ayeres de nostalgia para, entonces, hartarse entre festines celebrando su búsqueda, su sueño, viviendo sus mañanas de eterna felicidad.

□

Hermano contra hermano:

la clara costa dividida

Si bien es sabido que entre las castas Mhëri y Juppö ha existido una especie de conflicto sin fin, nunca se había visto que alguna casa se alzase en armas contra la otra. Eran tiempos jóvenes, tanto como lo eran los hombres también.

Su pensamiento y su sentir no se asemeja a los de sus pares. Los nuevos hombres, los que conocemos bajo el brillo del día que transcurre, son muy distintos. Más parecidos son aquellos que, mucho tiempo después,

llevaron sobre sus hombros el peso de sus antecesores.

Los hijos de los hijos de los hijos de los hijos... una generación inclinada, en desbalance, hacia pensamientos un tanto barbáricos, muy a diferencia de los padres de sus padres, generaciones originales. El alma Mhëri se vio un tanto manchada por asuntos de la carne. La piel Juppö se vio mordida, repetidas veces, por la malicia y su intención.

Y todo aquello ocurriría bajo el ciego mandato de Kür'asz Mhëri, el ingrato, vistiendo las Sacras Togas del Úrdium Defärae.

Al otro lado de la línea, cruzando el oleaje de las cristalinas aguas del Mar de Dhüm, sentado en su trono, Gû'rhèr Juppö llevaría sobre su cabeza el Halo Oceánico y dictaminaría, sin pensarlo demasiado, el principio de una guerra sin cuartel.

Las noches cayeron sobre las costas occidentales fueron, por largo tiempo, de inmensa intranquilidad. Y los amaneceres solían ser inquietantes, sombríos. Aquel conflicto de hermano contra hermano había alterado, de manera inexplicable, la naturaleza misma del color.

Se trataban de mensajes divinos, habían repetido los Círculos del Saber hasta el cansancio. Pero ni el Rey de la Costa ni el Sumo Defä parecían querer comprenderlo: era un asunto de poder, de opción y decisión. La clara costa dividida permanecería en penumbras por largos años, hasta llegada la inesperada y misteriosa muerte de uno de ellos.

La guerra se volvió, entonces, una excusa juiciosa para darle nombre a tan atroz suceso. El Úrdium Defärae y La Corte de las Mareas, todavía, intentan reparar un daño que nadie supo, nunca, de dónde surgió.

□

Papel pergamino, notas

y otras palabras juiciosas

Poco se ha dicho, a lo largo de la historia, de las mujeres que han tomado fuertes posiciones dentro de circunstancias que, para bien o para mal, han sucedido a lo largo de la vida de los hombres.

Asuntos divinos, quizá. Cosas de azar, tal vez. Pero la mujer ha estado presente en medio de las disputas que, tanto en tierra Mhëri como en el asentamiento Juppö, desestabilizaron la balanza y dieron vuelco a una naturaleza errada en el alma de los hombres.

Todavía se piensa que el asunto de los amoríos heredados por los Juppö era, en cuestión, una culpa sembrada por los propios Mhëri. Incluso, los

Mhëri pensaban que la fragilidad de la carne de su gente había sido sembrada por manos Juppö.

Las mujeres se volvieron armas de presto y congruente dominio tras los muros del Conglomerado Mhëri. Aquellas que eran partícipes del cargo llevaban consigo el título de Dè'rhâ, y eran temidas por quienes, a la distancia, vislumbraban los colores del Ûrdium Defärae que decoraban sus ropas.

Entre manos habrá siempre una especie de contenedor ligero, como plano, donde se guarda su más temida arma: papel pergamino.

Las notas que en ellos se hallan, bien, pueden subirte un peldaño en la cadena alimenticia o pueden condenarte a una serie de castigos viles y crueles. El alma Mhëri, con este acto de control y dominio, le ha dado demasiado la espalda a los deseos de nuestro creador.

La piel Juppö, en todo caso, tomó la figura de la mujer y la volvió sabiduría. El hombre siempre querrá responder con armas y ella, con pensamiento, con idea, con fe, buscará maneras seculares para armarse de tiempo y oportunidad, para demostrar que la sangre no puede, ni debe ser, la manera de darse a entender con un hermano.

El Consorcio del Pensamiento, fundado y trabajado por reinas de otras generaciones, ha llevado consigo la misión de devolverle a ambos pueblos los lazos que, en un principio, habían forjado los padres de cada uno de ellos. Pero se ha tratado el asunto como una misión casi imposible, sobre todo por los tiempos que han de venir luego...

Solo quedan la fe, la buena voluntad y la gracia del Magnánimo como pruebas fehacientes de nuestra más profunda disposición de alcanzar una meta ya, antes, alcanzada.

Solo eso ha quedado de aquel ideario: un par de líneas, un par de ideas, una esperanza a ciegas y otras palabras juiciosas. De resto, bajo la luna, lo que se ha fraguado al ras de las aguas es duda y consternación.

□

Voluntades pretenciosas,

mensajes olvidados

Las ensombrecidas costas fueron recuperando, con el pasar de un muy lento tiempo, el brillo natural que el polvo le había conferido desde mucho antes de la creación del hombre.

Las disputas Mhëri-Juppö se fueron conciliando a medida que un grupo de consternadas almas, dirigentes del Ûrdium Defärae, se reunieron en un concilio extraordinario con los dirigentes restantes que todavía le daban rostro a la Corte de las Mareas.

En aquellos tiempos, Kür'asz Mhëri y Gû'rhèr Juppö se habían vuelto, tan solo, un eco lejano de una historia que, buscaban, evitar repetir a toda costa.

Y lo harían bajo la longeva vigilia de las mareas, esperando que el mismísimo N'ù-vha presenciase el final de aquella tan caótica época, vivida a causa de las voluntades pretenciosas de hombres ambiciosos y de poderes invisibles.

Los últimos herederos de las casas principales declinaron ante la herencia, rechazaron los títulos y cedieron las coronas a aquellos hombres que solo su gente, con el alma y el corazón, las llevarían con el bien merecido honor con el que debieron ser imbuidos desde un principio.

Solo fue hasta entonces que se develaron, para ellos, una entera colección de mensajes olvidados por el tiempo, mensajes provenientes de una entidad borrada de la memoria colectiva y que, aquella misma noche, justo antes de darse por concluido tan emergente concilio, el Mensajero de los Cielos volvió a mostrar su figura ante los hombres de las costas.



Capítulo 7

Aclaratoria

Sobre las tierras prohibidas del sur



Poco ha quedado en los registros que hable sobre los hijos de las casas de Khärass y Mhirû. Se conoce del posible paradero de algunos pergaminos históricos resguardados en secreto por monjes cultistas del Sacrosanto Círculo de la Tierra, pero llegar a ellos ha sido imposible.

Los orígenes y ciertas leyendas, últimas huellas de los hombres que habitaron alguna vez aquellas tierras, yacen sumidas en una oscuridad en la que ninguna luz ha podido penetrar, sin importar la fuerza de voluntad de quienes han sacrificado sus destinos en buscar respuestas que nos aclare ciertas dudas sobre la catástrofe.

A continuación, apenas una breve y muy superflua muestra de textos rescatados y traducidos por el Alto Vocero Ūr'has, el prestigioso. Documentos que, sin duda, no son en sí mismos representativos, pero que han servido como primeras evidencias del inicio de una catástrofe que ya conocemos.

Claramente, el conocimiento que tenemos sobre los reinos de Mhir'tränis y Khar'Ôhm es excesivamente limitado. Sin embargo, no hemos dado pausa a nuestros esfuerzos por recuperar, aunque sea, una pequeña parte de su historia.

□

Lo que alguna vez fue

y nunca más será

Todo fue súbito y repentino. En tan solo una noche, o quizá en menos, lo que conocíamos con el nombre de Mhir'tränis había dejado de ser tal cosa.

No soy un soldado y, por lo visto, creo que jamás llegaré a serlo. Tan solo soy un muchacho que aspiraba a lo mismo que otros tantos: portar con honor los colores de la Casa Real, montarse en las riendas de aquellos inmensos corceles que solo siendo caballero puedes montar, explorar las tierras que van más allá del Valle de Ürs'sz, próximo al reino de Khar'Ôhm.

He traído, desde el pasado, el recuerdo olvidado de mi madre y me alegro el saber que su partida, hace dos años atrás, estaba destinada a no padecer del mal que nos acomete en el transcurso de estas horas fatídicas.

Mi padre no sale de su asombro y, siendo él caballero, no ha hecho otro acto más que parecer una estatua. El miedo lo ha paralizado por completo mientras yo me arriesgo en dejar este pequeño rastro de mi existencia, rastro que quizá sea borrado para siempre de la historia, así como lo seremos mi padre, mis amigos y yo mismo.

La noche que se asoma por la ventana deslumbra por extraños colores rojizos y morados que destellan más allá, al sur, lejos, muy lejos, en tierras Khar'ôhn.

Los destellos surgen unos, los rojos, desde el propio cielo, los otros parecen nacer en la tierra. ¿Será este el mal del que se ha cantado desde hace tanto? ¿Será tan solo una muestra suya o quizá un arrebató definitivo en contra nuestra?

Se me viene a la cabeza lo último que me dijo el abuelo Tö'h llegada su hora. Hasta hoy sus palabras no habían tenido significado alguno, pero, creo comprender finalmente lo que en su mente y corazón rebotaba llegado el momento.

"Tûhber'ahs ic'lithiesz möhr-bredasz ga'â szultôn" me dijo en una lengua que nunca quise aprender. No era la primera vez que lo decía. Era una frase que solía susurrar de vez en cuando ni bien la temporada estaba por acabar o cuando estaba cercana la hora de alguno de sus conocidos.

Lo que alguna vez fue y nunca más será. Eso significan aquellas palabras que, con cierta pesadez, pronuncio por última vez en nombre de los míos, en nombre de mi padre, de mi madre, de mi abuelo...

□

Radiante luz sobre la

bendita tierra del mañana

Se nos bendijo con un paraíso terrenal. Se nos bendijo con una luz radiante que nos alimenta el alma, que nos nutre el espíritu, que nos baña el cuerpo y borra de nosotros todo rastro de mal, todo rastro de sucia oscuridad.

¡Fuimos bendecidos, hermanos y hermanas, hijos del Supremo Dador, con una vida que debe cumplir su cometido! ¡Se nos obliga a cumplir con un deseo ajeno a nuestras voluntades, porque ese es el precio a pagar por el milagro de la vida!

Somos, tan solo, una pieza pequeña dentro de un sistema enorme donde almas de todas las clases se interconectan de manera armónica, donde el cazador sale a cazar solo lo que necesita y le agradece a la luz del día por la recompensa, donde el niño corretea a orillas del río o del mar sin temor alguno a las aguas porque ellas provienen del Altísimo.

Somos hombres y mujeres agradecidos por lo altamente importante que es nuestra presencia ante los ojos de todos: del vecino, del amigo, del caballero andante y del señor de las armas. Somos importantes, todos y cada uno de nosotros, y nuestros gobernantes lo asimilan: somos familia.

Estamos ante esta radiante luz que brilla sobre nuestras cabezas, ante nuestros ojos siempre, sobre la bendita tierra del mañana, porque eso es Mhir'tränis para nosotros: futuro, así como el hombre es presente y el aire que nos acaricia el rostro es una huella imborrable de aquel pasado distante situado en márgenes de una eternidad desconocida.

□

Ventrílocuo, clarividencia

y una sombra ignorada

Nada se supo nunca de sus orígenes o de su edad, pero se cree que F'fâlhasz, el brujo verde, como le llaman desde épocas perdidas, ya habitaba estas tierras incluso desde antes de la llegada de la casta Mhirû.

Por muchas épocas se le temió y él mismo explica que aquello ya lo había previsto hacía demasiado tiempo atrás. ¿Cuánto tiempo fue eso exactamente? No quiso responder.

Algunas de sus palabras eran, para nosotros, del todo ininteligibles. ¿Un idioma antiguo? ¿Una lengua muerta o quizá desconocida? No logré averiguarlo, muy a pesar de mis intentos personales, saliéndome cada vez

más del protocolo de investigación.

El Prior ya me había amenazado en varias ocasiones, pero no le temía. Poco me importaba mi posición con tal de llegar a desenterrar aquel hermoso tesoro que llevaba consigo aquel extraño individuo, aquel fulano F'fâlhasz.

Yo quería saberlo todo de él. Quería aprender todo lo que había detrás de aquella mirada vacía con la que solía mirarme durante nuestros largos encuentros, oficiales y extraoficiales.

Rompí demasiadas reglas. Desencadené una disputa dentro del Priorato de Investigación porque, al parecer, mi curiosidad se acercaba demasiado con la herejía y esta era, sin duda, imperdonable si se trataba de un miembro tan bien situado dentro del Priorato.

El Prior se puso muy extrañamente de mi lado. Creo que mi entusiasmo, mi curiosidad y mis lentos descubrimientos lo habían contagiado de algo que él quería disimular ante los demás, pero que, en privado, había demostrado ser un asunto mucho más serio de lo que pensaba.

F'fâlhasz era conocido por su habilidad de hacer hablar a los muertos. Un ventrílocuo muy convincente, diría cualquiera de mis hermanos de togas, pero lo que vivimos, lo que descubrimos el Prior y yo una noche fue, sin duda, una calamidad.

Su acto de clarividencia se encendió ante nuestros ojos de una manera estremecedora. Los ojos y boca de aquel cadáver que F'fâlhasz usaba como medio de comunicación espiritual ardían en un fuego azulado, leve, pero muy brillante.

El Prior no podía creerlo y yo tomé nota de cuanto el cuerpo decía. No habló en nuestra lengua sino en una más antigua, una que yo había aprendido a medias a lo largo de mis investigaciones sobre el origen perdido de ciertas entidades de la zona.

Su voz sombría nos trajo un mensaje inequívoco.

Su voz sombría inundó la estancia con una sombra ignorada por tanto tiempo, una sombra que deambula, todavía, bajo la nariz del hombre y que, de un momento a otro, resplandecerá en los cielos tintada de colores rojizos.

□

Verdades inhóspitas

y una muralla invisible

Las órdenes comenzaban a perder sentido. Solo una cosa había quedado bien en claro: los puntos límites en la frontera sur habían sido agitados por algo, aunque nadie sabía con exactitud qué.

Muy a pesar de mi cargo, de mi experiencia y de mi conocimiento sobre lo que hay en estas tierras y más allá de la frontera, soy un completo ignorante de lo que ha estado sucediendo en el transcurso de los soles que han surcado este preciado cielo azul.

En estos momentos me encuentro en la ciudad capital. Los altos mandos han sido reunidos de manera precipitada sin decir demasiado al respecto. Mi desconocimiento es más que evidente pues todavía no formo parte del círculo más cerrado de nuestras fuerzas.

El Alto Señor nos ha dado una serie de instrucciones que, a mi parecer, solo generarán más incertidumbre en las filas.

¿Qué sentido tiene movilizar más de la mitad de la armada hasta los terraplenes del sur de la región? ¿Qué está sucediendo en realidad en las tierras que colindan con nuestro reino, más allá del sur que creí conocer?

No puedo hacerme, siquiera, a una idea clara. Nada tiene sentido y no encuentro, tampoco, alguna posibilidad dentro del imaginario que yo, como Señor de Lanzas de la Octava División de la Armada Defensiva del Reino de Khar'Ôhm, en mis capacidades, podría siquiera proyectar como factible.

Todo lo que nos queda por llevar a cabo, como hombres de armas, es seguir ciegamente una manada de órdenes ilusas que abrigan una serie de verdades inhóspitas mientras se espera que, de alguna manera, logremos edificar una especie de muralla invisible que mantenga aquel mal, también invisible, fuera de nuestro plácido paraíso.

Con todo esto, compañeros míos, dejo en claro mi pensar respecto a los sucesos que han estado gestándose ante nuestras ciegas miradas. Cumplamos nuestra misión y que sea lo que el Altísimo decida desde su eterna y siempre clara visión.

T'trôsz Ürdha'îhr

□

Propósito luminoso,

presentimiento tenebroso

Gentilísimo señor mío:

Le dirijo a usted las siguientes palabras mientras me embriaga una consternación sin precedente.

La decisión tomada, a último minuto, por el Comité del Principado Norte ha generado en la población más inquietud de la que podríamos siquiera haber previsto de antemano. Y no era de esperarse menos.

La movilización militar a gran escala llevada a cabo fue, en cuestión, un motor de miedo, un germen de rabia. Fue la gota que impregnó de desconfianza el perfume de falsa tranquilidad que, por larga temporada, habíamos estado construyendo ante las miradas de nuestro tan apreciado pueblo.

¿Acaso el temor ha invadido La Casa Grande y nos hemos volcado, sin pensarlo, hacia una dirección equivocada, mi señor?

¿Acaso el desconocimiento en verdad se ha sembrado ante nuestras puertas y hemos decidido movilizarnos sin tener en claro nada al respecto de nada?

Pongo a su disposición, mi señor, el destino de los días que me quedan por vivir, pero me siento en la desesperada necesidad de hacerle saber, con la mejor de todas las intenciones posibles, que hemos estado cometiendo error tras error.

No busco con esto decir que la culpa es suya únicamente. Mis manos yacen también manchadas y mi cabeza no deja de darle vueltas, una y otra vez, al asunto en cuestión.

La Barrera Sur no durará demasiado. Nuestras fuerzas no podrán contener ese lo que sea que intenta poner un pie dentro de nuestras fronteras, ese que nos amenaza desde las lindes de nuestros esfuerzos mientras se oculta, a simple vista, en la oscuridad.

¿Será que las antiguas voces tuvieron razón al respecto de todo, mi señor? ¿Será que el haber hecho oídos sordos de las antiguas creencias nos han dejado desprovistos de una respuesta que, seguramente, yace en nuestras narices y no logramos atinar?

¿En qué momento perdimos la dirección? ¿En qué momento olvidamos el propósito luminoso de nuestra existencia sobre esta tierra bendita? ¿Cuándo fue que nos dejamos vendar los ojos e hicimos caso omiso a las

señales devenidas por el viento que habita todos tiempos?

¡Se nos ha sentenciado, quizá, al más tenebroso de todos los castigos! Y ya vemos reaccionar las contra-decisiones que giran en torno a nuestras, siempre versátiles, maneras de resolverlo todo: nos hemos equivocado.

Esperaré impaciente una respuesta suya y, quizá, organizar un nuevo concilio. Poco es el tiempo que nos queda, mi señor, y mi presentimiento tenebroso no deja de punzarme en el pensamiento respuestas desastrosas, desoladoras, definitivas.

No pierdo esperanzas en que hallaremos la iluminación y que, al final, se tomarán las decisiones que nos devuelvan, para el mañana próximo, la paz acostumbrada.

Se despide de usted, su más cercano y leal siervo.

¡Por la Eterna Gracia de Khar'Ôhm!

Yg'Naêgh Bhür

□

En el nombre del silencio que aborrece toda calma

Toda realidad, simple y terrenal, ha sido sacudida de momento. Cuanto sabemos y apreciamos, cuanto amamos y esperamos yacen confrontados, a la fuerza, por una sombra surgida de ninguna parte, tal y como los antiguos presagios habían cantado hace tanto.

Las voces de los hombres se ahogan. Las voces de los caballeros que alzan sus armas a nuestro favor desaparecen tras un aullido agónico que se escurre más allá de la oscuridad. Las huellas de sus pisadas son, tan solo, un recuerdo momentáneo de su paso por esta y cualquier otra vida.

El mal se los devora. La oscuridad los engulle. Las fauces se han abierto ante nuestros ojos, sin previo aviso, con la misión, oscura misión, de borrar el legado de los hombres de esta y cualquier otra tierra, todo en nombre de un señor sin rostro, en nombre del silencio que aborrece toda calma.

La despedida se ha vuelto llanto. El llanto se ha vuelto desesperación. La desesperación se ha tornado locura y, con la locura abordándonos, la muerte se dará un festín sin igual...

